

Angélica Gorodischer

Tumba de jaguares

Variables ocultas

María Celina Igarzábal

Soñé que estaba en el cielo. No en El Cielo paraíso de almas bienaventuradas sino en el cielo, ese ¿élitro? azul celeste que oficialmente nos cubre, tanto para religiones prometedoras de eterna ventura como para desdichados poemas rimados torpemente. En el cielo, allá arriba en donde, remedo, espejo de la nuestra, hay otra ciudad. De pie sobre nubes densas, duras como el bitumen, compactas, inmóviles como ángeles de piedra, arrellanadas como costal de maíz, no sentía miedo de caer y caer y despachurrarme contra el suelo. Creo justo decir que no sentía nada. Desinterés quizás; o algo más desagradable aun como el aburrimiento. Triste cielo que albergaba a este hombre malhumorado aunque fuera para mostrarle el otro lado de las nubes, un momento nomás; tanto, tan poco, tan avaro, que me parecía que algo debía dar en cambio, que se esperaba que algo diera pero qué. Qué más puedo dar después de haber dado lo que di, lo que me arrancaron. Sólo sé escribir pero palabras es poco si de retribución, aunque deuda también podría ser, si de retribución, precio, se trata. O cantar contar en cuenta regresiva toda angustia y volvemos a eso de las palabras. Triste cielo.

Acostado en alta cama de nube miraba a mi alrededor y veía la ciudad, no la ciudad de allá abajo sino la ciudad que estaba en las nubes. Era una ciudad, cualquiera de ellas podía ser que fuera, o ninguna, daba lo mismo;

ciudad, sí, eso era, ciudad de las más grandes; era enorme, rascacielos inundándola como si con eso se pudiera defenderla, mostrarla, hacerla invulnerable, y lo era. Me puse de costado para poder verla mejor y la vi, era así como había que verla, estática, desierta, toda blanca, horadados los edificios por ventanas minúsculas. No vi jardines, ni monumentos ni terrazas ni habitantes ni bibliotecas ni calles ni bares ni escuelas; sólo eso, la ciudad, los edificios que eran la ciudad; y más la miraba más sólida y más desdichada parecía. Reflexioné que sería infinita porque uno siempre vuelve a lo que probablemente sea infinito desolado ante el misterio y amparado por la grandeza, y que eso le confería la sensación contagiosa de congoja. O tal vez se me ocurrió al despertarme, porque en medio de la comprobación de esa desazón me desperté, que la había construido la desdicha de un pueblo que se moría y sabiéndolo, dejaba ese monumento en el cielo, no en El Cielo.

Allí posiblemente no hubiera tormentas y siempre el sol estuviera iluminando las altas torres agujereadas y quietas.

Tormentas ni de arena ni de agua ni de nieve; tormentas como las que imagino en La Preciada a orillas del río, después de la gran curva, todo el lugar expuesto a los vientos del oeste que traen arena y polvo, hombrecitos corriendo para tapar las canoas y sujetar los animales; tormentas que se arman en cinco minutos y duran cuanto más una hora, una hora y media, a menos que se desaten en plena noche que es cuando atraviesan la oscuridad y escampan a la mañana sobre el barro y el desvelo.

Pero no es eso, que no, no lo es, no es eso lo más conveniente para empezar a contar, para contar antes que nada de lo que sucedió o debiera haber sucedido. Lo